

puerto libres de todo naufragio , y tomando tierra, y buscando á propósito posada, acomodamos nuestra ropa , y salimos por el lugar (costumbre de ociosos forasteros) á ver una gran feria , que en el mismo puerto habia , donde compramos algunas cosas para nuestro camino necesarias. Entre tanto que en esto nos ocupamos , ciertos ladrones que nos habian visto poco ántes guardar el hato , rompiendo la cerradura al aposento , nos hurtaron quanto llevabamos , sin dexarnos siquiera con que comer aquel dia. Vueltos á casa bien ignorantes del suceso, hallamos desierto el aposento , abierta la puerta , y la hacienda mudada : no nos pareció conveniente hacer diligencia para descubrir el hurto , ni ménos apremiar al huesped ni á los vecinos de la casa ; porque como forasteros no seriamos creidos. Faltábanos probanza de lo que habiamos traído , y porque no nos tuviesen por de mal pasage , diciendo que traíamos mas de quatrocientos dáricos , muchos vestidos y ropa, tapetes y otras cosas curiosas y de precio , de que habiamos de dar informacion bastante , de donde las habiamos habido , que al peregrino, al solo , al forastero , tanto mal le suele hacer el tener muchos dineros , como pocos , si no muestra razon de que son suyos. El dolor de la pérdida nos tenia desesperados , que sin amparo en tierra agena pocos discretos lo parecen. Consultábamos los dos el caso , y nunca le hallábamos consuelo ; yo le llevaba con mayor impaciencia que mi amigo , así por ser mayor mi pérdida , que era lo mas hurtado mio , como porque era imposible pasar adelante como estaba : cierto que quise matarme , ántes que obligarme á sufrir alguna cosa indigna

na para no morir de hambre : entónces ví la cara á la pobreza , conocí á la necesidad y desventura, gente poco galana para matar de amores. Consolábame Sisinnes , estorvándome animoso qualquiera arrojamiento, diciendo que ya habia hallado traza para que nos sustentásemos, y si he de decir verdad , aquel dia ganamos de comer á subir haces de leña de la ribera á las casas : mira á lo que obliga la necesidad y la desdicha. Otro dia de mañana andándose paseando mi amigo por la feria , procurando vender lo que el dia ántes habiamos comprado , para buscar sustento , vió una esquadra de mancebos (á lo que él dixo despues) bien hechos y valientes , que estaban escogidos entre muchos, para que el siguiente dia peleasen uno por uno en unas públicas fiestas, propuesto al vencedor un rico premio. Estaban entre sí hablando de las condiciones del combate , las armas que habian de sacar , y los que habian de vencer , para ganar el premio señalado. Oyolo todo Sisinnes , y viniendo adonde yo habia quedado , me dixo alegre, que ya habia hallado modo con que no fuese yo pobre , y que me consolase , porque de allí á tres dias él se obligaba á hacerme rico y poderoso , dándome con que pasar á Atenas. Yo ni le entendí lo que decia , ni creia como podia ser cierto , viendo que aquellos dias no podíamos sustentarnos. Publicóse la batalla, juntóse á la fiesta innumerable pueblo, y aderezado un palenque, señalados los jueces , y apercebido el adorno necesario , se esparaba el principio del grandioso regocijo. Hízome Sisinnes ir á verlo , y al fin nos acomodamos lo mejor que pudimos para ver entretenimiento tan cruento, como si fuera algun alegre espectáculo de Grecia.



cia. Constaba el circo de una grandiosa plaza, adonde vimos salir unos animales fieros, leones, osos y tigres, y hiriéndolos por muchas partes con lanzas y saetas, las acosaban y corrían con los perros, hasta que ya bastantemente enfurecidos las echaban unos hombres atados de pies y manos (debían de ser mal hechos), en quienes hacían lastimosas suertes, hasta quitarles las vidas. Admiraba el pueblo este espectáculo, y con alegres voces solemnizaban la muerte de aquellos miserables, y veían matar las fieras con diferentes armas. Limpíose el circo de aquellos cuerpos muertos, y luego ocuparon el teatro aquellos que estaban elegidos para batallar uno por uno, mostrándose valientes y bizarros. Fué el primero que salió á la estacada un joven de grande cuerpo, mancebo galán y ayroso; y haciendo muestra de su valor y bizarría, se estuvo en medio del palenque esperando á que un pregonero dixese lo que se sigue: que si hubiese alguno que quisiese probar fuerzas con aquel mantenedor en singular batalla, le darian diez mil dragmas en premio de su ánimo, que venciese ó no venciese, perdiese la vida ó la quitase. En oyéndolo Sisinnes, dexó el puesto adonde estaba, y aceptando la batalla, recibió las diez mil dragmas de los jueces, y volviéndose á mí, me las dió y dixo: la necesidad en que te veo, Toxaris amigo, me anima á lo que has oydo, porque no se queje la amistad que te tengo, de que quise mas mi vida que la tuya: si yo venciere, con esto nos partirémos y tendrémos provision para el camino; y si mi desdicha quisiere que yo muera, despues que me hayas dado sepultura, te volverás á Scitia, sin padecer

po-

pobreza, pues ya te dexo dineros con que no la padezcas hasta llegar á la patria. Quál yo quedaria de oírle, claro se dexa entender, amándole como he dicho, y viendo entónces á lo que por mí se habia obligado: mas viendo que ya lo estaba, y recibido el dinero, acetado el desafio, y esperando todo el pueblo, lloraba amargamente el peligro en que se veía, despidiéndome de él con muchas lágrimas. Armáronse los dos de armas iguales, aunque Sisinnes no quiso ponerse el yelmo, sino pelear la cabeza descubierta. Empezóse entre los dos la batalla, ambos valientes y briosos, y ambos deseosos de guardar la vida, y de ganar la victoria: heríanse grandemente, sin mostrar flaqueza de ambas partes: tiróle á Sisinnes un golpe su enemigo, y recibéndole en la espada, baxó la del contrario tan abaxo, que en una pierna le hizo una mala herida, de que perdía no poca sangre. ¿Mira tú, quál yo estaria, viendo que á mas andar se desangraba? Triste esperaba el fin dudoso, quando Sisinnes aguardando animosamente á su contrario, que orgulloso de verle herido se le acercaba sin prudencia, hiriéndole el pecho le pasó el corazon de una estocada: con el último ay cayó sin vida el mancebo, á tiempo que desmayado Sisinnes de la mucha sangre que perdía, cayó sobre el cuerpo del contrario. Yo triste, pensando que era difunto, llegué á levantarle luego, y él volviendo en sí algun tanto, vieron los jueces, que era vivo, y declarándole por vencedor de su enemigo, me dieron licencia para retirarle: llevéle á una posada adonde cuidadosamente le hice curar la herida que le duró muchos dias, y aunque quedó un poco estropeado

de



de la pierna, al fin cobró salud, y nos volvimos á Scitia, adonde hoy está casado con una hermana mia. Este caso, Mnesipo, no sucedió entre los Maclienses, ni en Alania, para que por defecto de parte pueda parecer fingido: yo fuí testigo de vista: por mí se entró en tal peligro, y hoy dia hay muchos Amatrianos, que se acuerdan de la batalla de Sisinnes. *Mne.* Valientemente andubo tu cuñado, merece que tú le estimes mucho.

*Toxar.* No fué ménos el valor de Abauco (1): ves aquí el último exemplo. Llegó un dia a queste á la ciudad de los Boristeuenses, llevando consigo á su muger, prenda querida suya, y á dos hijos, una hembra de siete años, y un niño chiquito al pecho. Iba con él su amigo Guindanes por solo hacerle compañía, y éste iba muy malo de una herida que unos ladrones le habian dado en un muslo, gente que en el mismo camino les habian acometido para robarles su ropa, y peleando con ellos quedó tal, que no podia tenerse sobre la pierna herida. Alojáronse una noche en una posada estrecha, y así hubieron de acomodarse en un aposento todos: ya recogidos dormian, quando les despertaron las confusas voces de los huéspedes, que á priesa decian que se quemaba la casa: no sé porque descuido se encendió en ella tal fuego, que ántes que nadie lo sintiese, estaban todos rodeados de las crecidas llamas. Abauco que vió el peligro, dexando á los hijos que lloraban, y apartando de sí á la muger, que lastimosamente le pedia socorro, se fué á la cama del amigo, que como he dicho, no podia andar

(1) Amistad de Guindanes, y Abauco.

dar con la herida, y tomándole en los hombros, y diciendo á la muger que le siguiese, cargada de los dos niños, abrió camino entre las llamas, y á pesar de tal peligro, libró al amigo que amaba: la muger que iba á sus espaldas casi quemada del fuego, dexó de los brazos al chiquito, y sacó medio muerta la muchacha.

No faltó quien culpase á Abauco, porque dexando en el fuego á su muger é hijos, hubiese olvidado las obligaciones forzosas de la sangre por acudir al amigo, perdiendo por ayudarle un hijo propio; mas él respondia á quien del hecho le culpaba, en favor de lo que se debe hacer por los amigos fieles; que no era dificultoso perdidos los hijos, hacer otros, quedando en la misma duda que ántes que se perdiesen, si serian malos ó buenos: mas que perder un fiel amigo, de cuyo amor y fidelidad ya hay conocidas esperiencias, es la pérdida mayor de todas, por ser difícil de hallar, y pasar mucho tiempo para toparle á propósito: juzga tú ahora, si tuvo razon Abauco. *Mne.* ¿Y quién me mete á mí en eso? valor tuvo en librarse de las llamas, aunque saliera solo: su muger puede quejarse del poco amor que la tuvo, y vénguese de él, no sacándole del fuego, si otra vez se hallare en tal peligro. *Tox.* Muy bien has dicho Mnesipo, y pues yo he acabado mis exemplos, tomando los cinco prometidos, de infinito número que pudiera contarte, razon será que se juzgue, á qual de nosotros se ha de cortar la mano, y quién ha de ser el juez de aqueste pleyto. *Menes.* Nadie puede serlo con justicia, porque al principio no nombramos alguno; mas buen remedio tie-



ne ahora, pues no es tarde para elegirle, ya que no nos acordamos de nombrarle. Propongamos otros cinco exemplos, y el que fuere de nosotros condenado, al punto en él se execute la sentencia: si fuere yo, en que me corten la lengua: y si fueres tú, la mano; y así quedaremos ambos satisfechos. *Tox.* Aqueso es cosa cruel, y que trae consigo inconvenientes manifiestos, y el empezar de nuevo la contienda, no es el menor de todos. *Mne.* Pues sabes lo que haremos, que pues tú haces tanta cuenta de la amistad, y yo estoy persuadido á que es el mayor tesoro de la tierra, á cuya excelencia no llega la mayor grandeza de los poderosos, los mayores tesoros de los ricos, tengo por mejor acuerdo, que nosotros aprobásemos lo mismo, y que desde hoy hasta el fin de nuestra vida seamos firmísimos amigos, quedando con esto ambos á dos premiados y vencedores, y que por una lengua y una mano que habíamos de ganar en esta apuesta, tenga cada uno dos lenguas y quatro manos, quatro ojos, y quatro pies, quedando cada qual hombre doblado, siendo símbolo y figura del Gerion, que los escritores pintan con seis manos y tres cabezas, una voluntad y un gusto, retrato verdadero de los amigos fieles, pues asidos á la ley de la amistad inviolable, han de ser diversos cuerpos con una alma, con una accion, y un querer, bien como los Geriones, que siendo tres hombres copulados, eran uno solo para obrar igualmente, y en conformidad agradable. *Tox.* Nunca has dicho cosa mas bien pensada Mnesipo: soy contento que así sea. *Mne.* Pues advierte, que no habemos menester sangre ni acinace para la confirmacion de nuestra amistad durable, pues no lo

lo es ninguna en fe de semejantes supersticiones y desatinos: bastan los exemplos que hemos dicho, y los ánimos que ya conformes y determinados presiden los corazones en vínculo mas estrecho, que aquella sangre que vosotros bebeis inútil en todo para la perpetuidad de tal contrato; que pues es cierto que para la duracion de la amistad es cosa mas eficaz el amor del amigo, la unidad de la voluntad, y la inclinacion del alma, ¿de qué sirve la sangre y las heridas? *Tox.* Bien estoy con lo que dices, y pues la naturaleza nos inclina á amarnos, seamos desde hoy amigos y huéspedes uno de otro: quando yo estuviere en Grecia, me iré á posar á tu casa, y la mia será tuya quando pasares á Scitia, esto con llaneza, y sin ningun cumplimiento. *Mnes.* Pues no dudes que así sea, y que yo no dexé de ir, no solo á Scitia, sino á la mas remota parte de la tierra, si pensase hallar en ella amigos como tu eres, segun puedo juzgar de tus palabras.